

Mentiras

Leo Timossi

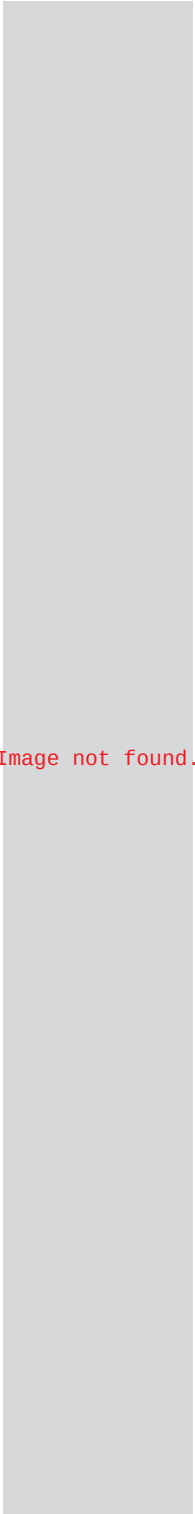


Image not found.

Capítulo 1

Te va a ayudar, le dijo un amigo. Hernán confió. Siempre confiaba. Era su virtud y su defecto: Hernán se encariñaba rápido con la gente. Y la quería, y le creía. Siempre fue así. Sos intenso, le dijo alguien una vez, una persona que lo conoció desnudo en cuerpo y alma. Él no lo veía tan así, pero ya no tenía ojos para discutirlo. No le quedaba nada, en realidad.

En el viaje, Hernán no fue capaz de emitir palabra. Manejaba en silencio, con los ojos fijos en el asfalto. Cada tanto, se atrevía a mirar su falda, pero le daba vergüenza, como si estuviese rompiendo algún código implícito. Cada vez que se sintió tentado de mirarla a los ojos, a decirle lo linda que era, cambiaba de tema en la radio. Eso lo distraía, y también a ella. Como si no fuera un precio alto el que estaba pagando por su erótica lealtad.

Cuando llegaron, descansó en su acompañante los detalles. Después de todo, seguro estaba acostumbrada. Hernán se sentía asfixiado por la realidad: una obligación que no sentía, un consejo que no quería seguir, una mujer a la que no se animaba a tocar. Cuando entraron al cuarto, la música inundó y las luces se encendieron. Ella, grácil, ágil, predispuesta, le dio un beso y caminó sin hacer ruido hasta el baño. Él se limitó a sentarse en las sábanas y contemplar el tapizado, aunque su cabeza estaba en otra parte, a lo mejor allá lejos en su pasado; quizá en un futuro que no lograba imaginar.

Italia salió del tocador completamente desnuda. Creyó que iba a encontrar similar escena y sin embargo se vio ante un Hernán todavía vestido, con la mirada pérdida hacia la nada misma.

Se acercó a él con la sensualidad de quien se propone una noche inolvidable y lo empujó contra el colchón, besando hasta el rincón más recóndito de su alma. Hernán no dijo ni hizo nada: respiraba sin hacerlo en un estado catatónico, obnubilado para siempre en el brillo del ayer. Italia postergó su frustración y la convirtió en desafío: puso cada centímetro de su cuerpo a disposición de prenderle fuego al ambiente.

Comenzó por su cuello, al que besó con tanta pasión cabía en su alma y siguió con sus oídos, los cuales lamió tanto conocía su lujuria. No hubo caso: Hernán seguía concentrado en la línea divisoria de los cerámicos y su carne no parecía superar la temperatura de un hombre de nieve. Decidió la mujer entonces ensayar una danza erótica, a los ojos de quien por alquiler era su amado: el desdichado joven parecía no mirarla. Italia, costurera de mil costuras, catadora de mil cosechas, rompió a llorar.

Entonces Hernán, que hasta ese entonces se hallaba extraviado en quien sabe qué recuerdos irrepetibles, fijóse por primera vez en la muchacha:

no llores, le dijo. No es tu culpa. Es que yo ya no siento nada más. Italia, antes compungida y ahora curiosa, se propuso indagar. ¿Qué tengo que hacer para que me poseas? Le preguntó, insolente, caliente, entrometida. Te prometo que no te lo voy a cobrar.

Mentime que me gusta, le dijo Hernán, mirándola fijo. Que pija grande que tenés, contestó Italia, práctica. Una mentira menos evidente, contestó él, todavía de brazos cruzados, de nuevo con los ojos tiesos contra el suelo. Ahora ella estaba descolocada.

Vení y abrazame, la guió. Te amo como nadie, le contestó ella. Entre los pliegues de su ropa, Hernán percibió un cambio, en la zona media de su vestimenta. Rápidamente ella captó el juego. La primera vez que te ví, entendí que este trabajo había terminado para siempre, susurró Italia a su oído. Hernán suspiró de placer. Te prometo que pase lo que pase, nunca te voy a dejar, mintió finalmente. Él, temblando en cuerpo y esencia, se abalanzó sobre ella.

Al amanecer, Italia tomó lo que correspondía de su billetera y se marchó eternamente. Hernán decidió no volver a despertar.